

Huésped en la tierra de Faraon, el pueblo hebreo se olvidó de su Dios en los tiempos adelante, y amancilló sus santas costumbres con las abominaciones egipcias: dióse entonces á supersticiones y agüeros en aquella tierra agorera y supersticiosa, y trocó á un tiempo mismo su Dios por los ídolos, y su libertad por la servidumbre. Arrancóle de ella violentamente la mano de un hombre gobernado por una fuerza sobrehumana, el más grande entre los profetas de Israel, y el más grande entre los hijos de los hombres.

Cuéntase de muchos que han ganado el señorío de las gentes, y asentado su dominacion en las naciones por la fuerza del hierro: de ninguno se cuenta sino de Moisés, que haya fundado un señorío incontrastable con solo la fuerza de la palabra. Ciro, Alejandro, Mahoma llevaron por el mundo la desolacion y la muerte; y no fueron grandes, sino porque fueron homicidas. Moisés aparta su rostro lleno de horror de las batallas sangrientas, y entra en el seno de Abraham, vestido de blancas vestiduras y bañado de pacíficos resplandores. Los fundadores de imperios y principados, de que están llenas las historias, abrieron las zanjas y echaron los cimientos de su poder, ayudados de fuertísimos ejércitos y de fanáticas muchedumbres. Moisés está solo en los desiertos de la Arabia, rodeado de un gigantesco motin por seiscientos mil rebeldes, y con esos seiscientos mil rebeldes, derribados en tierra por su voluntad soberana, se compone un grande imperio y un vastísimo principado. Todos los filósofos y todos los legisladores han sido hijos, por su inteligencia, de otros legisladores, y de más antiguos filósofos. Licurgo es el representante de la civilizacion dórica: Solon el representante de la cultura intelectual de los pueblos jonios: Numa Pompilio representa la civilizacion etrusca: Platon descende de Pitágoras: Pitágoras de los sacerdotes del Oriente. Solo Moisés está sin antecesores.

Los babilonios, los asirios, los egipcios y los griegos estaban oprimidos por reyes: y él funda una república. Los templos levantados en la tierra estaban llenos de ídolos: él da la traza de un magnífico santuario, que es el palacio silencioso y desierto de un Dios tremendo é invisible. Los hombres estaban sujetos unos á otros:

Moisés declara que su pueblo solo está sujeto á su Dios. Su Dios gobierna las familias por el ministerio de la paternidad; las tribus, por el ministerio de los ancianos; las cosas sagradas, por el ministerio de los sacerdotes; los ejércitos, por el ministerio de sus capitanes; y la república toda, por su omnipotente palabra, que los ángeles del cielo ponen en el oido de Moisés en las humeantes cimas de los montes, que, turbándose con la presencia del que los puso allí, tiemblan en sus anchísimos fundamentos, y se coronan de rayos.

Con los patriarcas tuvo fin la época de la promesa, y en Moisés tiene principio la época de la amenaza. Con la palabra de Dios, cambia de súbito el semblante de su pueblo; y la poesía hebrea se conforma de suyo á ese nuevo semblante y á aquella nueva palabra. Dios se ha convertido, de Padre que era, en Señor: el pueblo, de hijo que era, en esclavo: Dios le quita la libertad, en castigo de sus prevaricaciones, y en premio de su rescate.— «Yo soy vuestro Dios, y vosotros sois mi pueblo»,— habia dicho Jehová á los santos patriarcas:— «ya soy tu Señor y tu propietario; el que te libró de la servidumbre de los Faraones»:— esto dice Jehová por la boca de Moisés á su pueblo prevaricador y rebelde: Dios deja de hablar dulce y secretamente á los hombres: los ángeles no visitan ya sus tiendas hospitalarias: la blanca y pura flor de la inocencia no abre su casto cáliz en los campos de Israel, que resuenan lúgubrementemente con amenazas fatídicas y con sordas imprecaciones. Todo es allí sombrío: el desierto con su inmensa soledad, el monte con sus pavorosos misterios, el cielo con sus aterradores prodigios. La musa de Israel amenaza como Dios, y gime como el pueblo. Su pecho, que hierve como un volcan, está henchido hoy de bendiciones, mañana de anatemas: sus cantos imitan hoy la apacible serenidad de un cielo sin nubes; mañana el sordo estruendo de un mar en tumulto: hoy compone su rostro con la magestad épica, mañana se descomponen sus facciones con el terror dramático: poco despues, parece una bacante en su desorden lírico: ya se ciñe de palmas y canta la victoria: ya se inunda de llanto, y deja que se escapen de su pecho tristes y dolorosas elegias.

Moisés, que es el más grande de todos los filósofos, el más

grande de todos los fundadores de imperios, es tambien el más grande de todos los poetas. Homero canta las genealogías griegas; Moisés las genealogías del género humano: Homero cuenta las peregrinaciones de un hombre; Moisés las peregrinaciones de un pueblo: Homero nos hace asistir al choque violento de la Europa y del Asia; Moisés nos pone delante las maravillas de la creacion: Homero canta á Aquiles; Moisés á Jehová: Homero desfigura á los hombres y á los dioses; sus hombres son divinos, y sus dioses humanos: Moisés nos muestra sin velo el rostro de Dios y el rostro del hombre. El águila homérica no subió más alta que las cumbres del Olimpo, ni voló más allá de los griegos horizontes. El águila del Sinaí subió hasta el trono resplandeciente de Dios, y tuvo debajo de sus alas todo el orbe de la tierra. En la epopeya homérica, todo es griego: griego es el poeta, griegos son los dioses, griegos los héroes. En la epopeya bíblica, todo es local y general, á un tiempo mismo. El Dios de Israel es el Dios de todas las gentes: el pueblo de Israel es sombra y figura de todos los pueblos; y el poeta de Israel es sombra y figura de todos los hombres. Entre la epopeya homérica y la bíblica; entre Homero y Moisés, hay la misma distancia que entre Júpiter y Jehová, entre el Olimpo y el cielo, entre la Grecia y el mundo.

Ya lo veis, señores: para los que como nosotros comprenden la incomensurable distancia que hay entre la divinidad gentilica y la hebrea, y entre el sentimiento religioso del pueblo de Dios y el de los pueblos gentiles, la causa de la índole diversa de sus grandes monumentos poéticos no puede ser una cosa recóndita y oculta: éralo en tiempos pasados, cuando todas las gentes andaban en tinieblas, y cuando la naturaleza del hombre y la de Dios eran secretos escondidos á todos los sabios. Pero como quiera que no podeis tener por ocioso y por fuera de sazón que mayores torrentes de luz esparzan la claridad de sus rayos sobre tan árdua y tan importante materia, bueno será que haga una estacion aquí para llamar vuestra atencion hácia la distancia que hay entre la mujer hebrea y la gentilica, y hácia los diversos encargos que las dieron esas gentes en los domésticos hogares.

Y no extrañeis, señores, que inmediatamente despues de haberos hablado de Dios, os hable de la muger. Cuando Dios, enamorado del hombre, su más perfecta criatura, determinó hacerle el primer don, le dió en su amor infinito á la muger, para que esparciera flores por sus sendas y luz por sus horizontes. El hombre fué el señor, y la muger el ángel del Paraiso.

Cuando la muger cometió la primera de sus flaquezas, Dios permitió que el hombre cometiera el primero de sus pecados, para que vivieran juntos: juntos salieron de aquellas moradas espléndidas, con el pie lleno de temblor, el corazon de tristeza, y con los ojos oscurecidos con lágrimas. Juntos han ido atravesando las edades, su mano puesta en su mano, ahora resistiendo grandes torbellinos y tempestades procelosas, ahora dejándose llevar mansa y regaladamente por pacíficos temporales, surcando el mar de la vida con grande bonanza y con sosegada fortuna. Al herir Dios con la vara de su justicia al hombre prevaricador, cerrándole las puertas del delicioso jardin que para él habia dispuesto con sus propias manos, tocado de misericordia quiso dejarle algo que le recordára el suave perfume de aquellas moradas angélicas; y le dejó á la muger, para que al poner en ella sus ojos, pensara en el Paraiso.

Antes que saliera del Eden, Dios prometió á la muger, que de sus entrañas naceria, andando el tiempo, el que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente. De esta manera, el Padre de todas las justicias y de todas las misericordias juntó el castigo con la promesa, y el dolor con la esperanza. Conservóse completa esta tradicion primitiva, segun la cual la muger era dos veces santa, con la santidad de la promesa y con la santidad del infortunio, entre los descendientes de Seth, que merecieron ser llamados hijos de Dios: alteróse empero notablemente entre los descendientes de Cain, que por su mala vida y entregadas costumbres fueron llamados hijos de los hombres: los primeros respetaron á la muger, uniéndose con ella en la tierra con el vínculo santo, uno é indisoluble que el mismo Dios habia formado en el cielo: los segundos la envilecieron y degradaron, instituyendo la poligamia, mancha del lecho nupcial; siendo Lamec el primero de quien se cuenta que tomó por suyas dos

mugeres. Con estos malos principios, fueron los hombres á dar en grandes estragos; hasta que, generalizada la corrupcion, se hizo necesaria la intervencion divina, y la subsiguiente desaparicion de los hombres de sobre la faz de la tierra; cubierta toda con las aguas purificadoras del diluvio.

Aplacado el rostro de Dios, volvió á poblarse la tierra, conservando empero, para perpétua enseñanza de los hombres, claros testimonios de sus iras; dispersáronse los hombres por todas sus zonas; y se levantaron por todas partes grandes imperios, compuestos de diversas gentes y naciones. Hubo entonces, como en los tiempos antediluvianos, quienes fueron llamados hijos de Dios; y otros, que se llamaron hijos de los hombres: fueron los primeros los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, que llevan en la historia el nombre de hebreos: fueron los segundos los otros pueblos de la tierra, que llevan en la historia el nombre de gentiles.

Desfigurada entre los últimos la tradicion de la muger, no llegó hasta ellos sino una vaga noticia de su primera culpa, y no vieron en ella otra cosa sino la causa de todos los males que afligen al género humano: borrada, por otra parte, casi de todo punto la tradicion del matrimonio instituido en el cielo, los pueblos gentiles ignoraban que la muger habia nacido para ser la compañera del hombre; y la convirtieron en instrumento vil de sus placeres y en víctima inocente de sus furores. Por eso instituyeron, como sus ascendientes antediluvianos, la poligamia, que es el sepulcro del amor; y por eso la dieron, cuando así cumplia á sus antojos livianos, libelo de repudio, instituyendo el divorcio, que es la disolucion de la sociedad doméstica, fundamento perpétuo de todas las asociaciones humanas. Por eso la hicieron esclava de su esposo, para que estuviera sin derechos y para que permaneciera perpétuamente en su poder, como una víctima á quien la sociedad pone en manos del sacrificador, ó debajo de la mano de su verdugo.

Esto sirve para explicar, por qué el amor, que es para nosotros el más delicioso de todos los placeres y el más puro de todos los consuelos, era considerado por los gentiles como un castigo de los dioses. El amor entre el hombre y la muger tenia algo de contrario

á la naturaleza de las cosas, que repugna como un sacrilegio toda especie de union entre seres entregados por la cólera divina á enemistades perpétuas. Cuando en los poemas griegos aparece el amor, luego al punto pasa por delante de nuestros ojos un fatídico nublado, síntoma cierto de que están cerca los crímenes y las catástrofes. El amor de Elena la adúltera pierde á Troya y al Asia; el amor de una esclava, siendo causa del odio insolente y desdeñoso de Aquiles, pone á punto de sucumbir á los griegos y á la Europa. Hasta la virtud en la muger era presagio de tremendas desventuras: la honestidad de las mugeres latinas puso el hierro en las manos romanas, y por dos veces produjo la completa perturbacion del Estado. Las catástrofes domésticas iban juntas con las catástrofes políticas. El amor toca con su envenenada flecha el corazon de Dido, y arde en llamas impuras, y se consume en los incendios de una combustion espontánea. Fedra es visitada por el dios, y se siente desfallecer, como si hubiera sido herida por el rayo, y discurre por sus venas una llama torpe y un corrosivo vitriolo. Vosotros, los que os agradais en las emociones de los trágicos griegos, no os dejéis llevar de sus peligrosos encantos, que son encantos de sirenas. Esos amantes que allí veis, están en manos de las Euménides; huid de ellos; que están señalados con la señal de la cólera de los dioses, y están tocados de la peste.

La muger hebrea era, por el contrario, una criatura benéfica y nobilísima. Poseedores los hebreos de la tradicion bíblica, y sabedores del fin para que la muger fué criada, la levantaron hasta sí, amándola como á compañera suya; y aun la pusieron á mayor altura que el hombre, por ser la muger el templo en donde habia de habitar el Redentor de todo el género humano. No fué á la verdad el matrimonio entre la gente hebrea un sacramento, como lo habia sido antes en el Paraiso, y como habia de serlo en adelante, cuando el anunciado al mundo viniese en la plenitud de los tiempos: fué sin embargo una institucion grandemente religiosa y sagrada, al revés de lo que era en las naciones gentílicas. Las bodas se celebraban al compas de las oraciones que pronunciaban los deudos de los esposos para atraer sobre la nueva familia las bendiciones del Cielo:

con estas solemnidades y estos ritos, se celebraron las bodas de Rebeca con Isaac, de Ruth con Booz, y de Sara con Tobías. El gran legislador del pueblo hebreo habia permitido la poligamia y el divorcio, desórdenes difíciles de ser arrancados de cuajo, cuando tan hondas raíces habian echado en el mundo, y sobre todo, en sus zonas orientales. Esto no obstante, ni el divorcio ni la poligamia fueron tan comunes entre la gente hebrea como entre los pueblos gentiles, ni produjeron allí la disolucion de la sociedad doméstica; neutralizadas como estaban aquellas instituciones con saludables y santas doctrinas: por lo que hace á la esclavitud de la muger, fué cosa desconocida en el pueblo de Dios: como quiera que la esclavitud no se compadece con aquella alta prerogativa de ser madre del Redentor, otorgada á la muger desde los tiempos adámicos.

Las tradiciones bíblicas, que fueron causa de la libertad de la muger, fueron al mismo tiempo ocasion de la libertad de los hijos: los de los gentiles caian en el poder de sus padres, los cuales tenían sobre ellos el mismo derecho que sobre sus cosas: los de los hebreos eran hijos de Dios, y uno de ellos habia de ser el Salvador de los hombres. De aquí, el santo respeto y tiernísimo amor de los hebreos á sus hijos, igual al que tenían á sus mugeres: de aquí, el exquisito cuidado de las matronas en amamantar á sus propios pechos á los que habian llevado en sus entrañas: siendo tan universal esta costumbre, que solo se sabe de Joas, Rey de Judá, de Mifiboseth y de Rebeca, que no hayan sido amamantados á los pechos de sus madres. De aquí, las bendiciones que descendian de lo alto sobre los progenitores de una numerosa familia y sobre las madres fecundas: *sus nietos son la corona de los ancianos*, dice la sagrada Escritura. Dios habia prometido á Abraham una posteridad numerosa; y esa promesa era considerada por los hebreos como una de las más insignes mercedes: de aquí, la esmerada solicitud de sus legisladores por los crecimientos de la poblacion; cosa advertida ya por Tácito, que hablando del pueblo hebreo, observa lo siguiente: *Augendae tamen multitudini consulitur: nam et necare quemquam ex agnatis nefas.*

Si poneis ahora la consideracion en la distancia que hay entre

la familia gentilica y la hebrea, echareis luego de ver que estan separadas entre sí por un abismo profundo: la familia gentilica se compone de un señor y de sus esclavos: la hebrea, del padre, de la muger y de sus hijos: entran, como elementos constitutivos de la primera, deberes y derechos absolutos: entran á constituir la segunda deberes y derechos limitados. La familia gentilica descansa en la servidumbre; la hebrea se funda en la libertad. La primera es el resultado de un olvido: la segunda, de un recuerdo; el olvido y el recuerdo de las divinas tradiciones: prueba clara de que el hombre no ignora sino porque olvida, y no sabe sino porque aprende.

Ahora se comprenderá fácilmente, por qué la muger hebrea pierde en los poemas bíblicos todo lo que tuvo entre los gentiles de sombrío y de siniestro: y por qué el amor hebreo, á diferencia del gentil, que fué incendio de los corazones, es bálsamo de las almas. Abrid los libros de los profetas bíblicos, y en todos aquellos cuadros ó risueños ó pavorosos con que daban á entender á las sobresaltadas muchedumbres, ó que iba deshaciéndose el nublado, ó que la ira de Dios estaba cerca, hallareis siempre en primer término á las vírgenes de Israel, siempre bellas y vestidas de resplandores apacibles, ahora levanten sus corazones al Señor en melodiosos himnos y en angélicos cantares, ahora inclinen bajo el peso del dolor las cándidas azucenas de sus frentes.

Si reunidas en coros en las plazas públicas ó en el templo del Señor cantaban ó se movian en concertadas cadencias al compás de sonoros instrumentos, las castas y nobles hijas de Sion parecian bajadas del cielo para consuelo de la tierra, ó enviadas por Dios para regalo de los hombres. Cuando los míseros hebreos, atados al carro del vencedor, pisaron la tierra de su servidumbre, pesóles más de la pérdida de su vista que de la de su libertad; sin ellas érales el sol odioso, el dia oscuro, el canto triste; y luego que por falta de lágrimas suspendieron su llanto, y por falta de fuerzas sus gemidos, cerraron sus ojos á la luz, y colgaron sus inútiles arpas en los sauces tristes de Babilonia.

Ni se contentaron los hebreos con fiar á la muger el blando ce-

tro de los hogares, sino que pusieron muchas veces en su mano fortísima y victoriosa el pendon de las batallas y el gobierno del Estado. La ilustre Débora gobernó la república en calidad de juez supremo de la nacion; como general de los ejércitos, peleó y ganó batallas sangrientas; como poeta, celebró los triunfos de Israel y entonó himnos de victoria, manejando á un tiempo mismo con igual soltura y maestría la lira, el cetro y la espada.

En tiempo de los reyes, la viuda de Alejandro Janneo tuvo el cetro diez años: la madre del rey Asa le gobernó en nombre de su hijo, y la muger de Hircano Macabeo fué designada por este príncipe para gobernar el Estado despues de sus dias. Hasta el espíritu de Dios, que se comunicaba á pocos, descendió tambien sobre la muger, abriéndola los ojos y el entendimiento para que pudiese ver y entender las cosas futuras. Hulda fué alumbrada con espíritu de profecía; y los reyes se acercaban á ella, sobresaltados de un gran temor, contritos y recelosos, para saber de sus lábios lo que en el libro de la Providencia estaba escrito de su imperio. La muger, entre los hebreos, ahora gobernase la familia, ahora dirigiera el Estado, ahora hablára en nombre de Dios, ahora por último avasallára los corazones, cautivos de sus encantos, era un sér benéfico, que ya participaba tanto de la naturaleza angélica como de la naturaleza humana. Leed sino el cantar de los cantares; y decidme si aquel amor suavísimo y delicado, si aquella esposa vestida de olorosas y cándidas azucenas, si aquella música acordada, si aquellos deliquios inocentes y aquellos subidos arrobamientos y aquellos deleitosos jardines no son mas bien que cosas vistas, oidas y sentidas en la tierra, cosas que se nos han representado como en sueños en una vision del Paraiso.

Y sin embargo, señores, para conocer á la muger por excelencia; para tener noticia cierta del encargo que ha recibido de Dios; para considerarla en toda su belleza inmaculada y altísima; para formarse alguna idea de su influencia santificadora, no basta poner la vista en aquellos bellísimos tipos de la poesía hebráica, que hasta ahora han deslumbrado nuestros ojos y han embargado nuestros sentidos dulcemente. El verdadero tipo, el ejemplar ver-

dadero de la muger no es Rebeca, ni Débora, ni la esposa del cantar de los cantares, llena de fragancias como una taza de perfumes. Es necesario ir más allá, y subir más alto; es necesario llegar á la plenitud de los tiempos, al cumplimiento de la primitiva promesa: para sorprender á Dios formando el tipo perfecto de la muger, es necesario subir hasta el trono resplandeciente de María. María es una criatura aparte, más bella por sí sola que toda la creacion: el hombre no es digno de tocar sus blancas vestiduras: la tierra no es digna de servirla de peana, ni de alfombra los paños de brocado: su blancura excede á la nieve que se cuaja en las montañas, su rosicler al rosicler de los cielos: su esplendor al esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima, porque es señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios; pero la muger se le adelanta y le deslustra y le vence, porque María tiene nombres mas dulces y atributos más altos. El Padre la llama hija, y la envia embajadores: el Espíritu Santo la llama esposa, y la hace sombra con sus alas: el hijo la llama madre, y hace su morada de su sacratísimo vientre: los serafines componen su córte: los cielos la llaman Reina; los hombres la llaman Señora: nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.

Ved ahí la muger, señores, ved ahí la muger: porque Dios en María las ha santificado á todas: á las vírgenes, porque ella fué Virgen: á las esposas, porque ella fué esposa: á las viudas, porque ella fué viuda: á las hijas, porque ella fué hija: á las madres, porque ella fué madre. Grandes y portentosas maravillas ha obrado el cristianismo en el mundo: él ha hecho pazes entre el cielo y la tierra: ha destruido la esclavitud: ha proclamado la libertad humana y la fraternidad de los hombres; pero con todo eso, la mas portentosa de todas sus maravillas, la que más hondamente ha influido en la constitucion de la sociedad doméstica y de la civil, es la santificacion de la muger, proclamada desde las alturas evangélicas. Y cuenta, señores, que desde que Jesucristo habitó entre nosotros, ni sobre las pecadoras es lícito arrojar los baldones y el insulto; porque hasta sus pecados pueden ser borrados por sus lágrimas.